



LOS VAMPIROS DE MORGANVILLE 4
Baile de Máscaras

Rachel Caine

1



Incluso para los estándares de Morganville, resultaba difícil imaginar cómo podía empeorar el día de Claire. Y, entonces, los vampiros que la habían tomado como rehén reclamaron el desayuno.

—¿Desayuno? —repitió Claire, estupefacta. Echó un vistazo rápido a través de la ventana del salón para asegurarse de que aún era de noche. Sí, cada vez parecía más oscuro.

Los tres vampiros la miraron. Pese a sentirse incómoda al convertirse en el centro de atención de los dos que aún no conocía —hombre y mujer, inquietantemente hermosos—, cuando los fríos y viejos ojos del señor Bishop se posaron en ella, sintió el impulso de acurrucarse en un rincón para ocultarse de él.

Claire consiguió devolverle la mirada durante cinco segundos enteros, pero terminó por bajar la cabeza. Casi podía percibir su sonrisa.

—El desayuno —dijo Bishop suavemente— es la primera comida del día. No obstante, para los vampiros el día no viene marcado por el amanecer. Me gustan los huevos.

—¿Revueltos o vuelta y vuelta? —preguntó Claire, intentando que su voz no traicionara el nerviosismo que sentía. *Que no diga vuelta y vuelta, por favor. No sé prepararlos. Ni siquiera sé por qué lo he dicho. Que no diga vuelta y vuelta...*

—Revueltos —dijo Bishop, y Claire dejó escapar el aire, aliviada. El señor Bishop estaba cómodamente instalado en el sillón donde Michael, su compañero de piso, solía sentarse a tocar la guitarra. Al contrario que con Michael, bajo el señor Bishop el sillón parecía un trono. En parte porque el resto de los presentes permanecía de pie: Claire, con su novio, Shane, cerniéndose protectoramente a su lado; Eve y Michael a cierta distancia de ellos, cogidos de la mano. Claire le echó un rápido vistazo a Michael. Parecía... contenido. Molesto pero, afortunadamente, bajo control.

Claire estaba más preocupada por Shane. Tenía un historial bastante largo de situaciones en las que había actuado irreflexivamente, por lo menos cuando corría peligro la seguridad personal de aquellos por quienes sentía afecto. Claire le cogió de la mano y él la miró brevemente con semblante oscuro, indescifrable.

No, no estaba segura de cuál podía ser su reacción.

La brusca y fría voz del señor Bishop atrajo de nuevo su atención.

—¿Le has dicho a Amelie que estoy aquí, niña?

Aquella había sido la primera exigencia de Bishop: avisar a su hija de que había llegado a la ciudad. *¿Su hija?* Amelie, la vampiro al mando en Morganville, no parecía lo suficientemente humana como para tener familia, ni siquiera alguien tan aterrador como el señor Bishop. Amelie era fría, gélida.

Bishop esperaba una respuesta, y Claire logró satisfacerle a duras penas.

—La he llamado. Saltó el buzón de voz —dijo, inten-

tando no parecer estar a la defensiva. Bishop la miró con el ceño fruncido.

—Supongo que eso significa que le has dejado un mensaje o algo así, ¿no? —Claire asintió, y Bishop repiqueteó con los dedos en el brazo del sillón—. Bien. Comeremos mientras esperamos. Huevos. Revueltos, como he dicho. También tomaremos beicon, café...

—Galletas —dijo arrastrando la palabra la mujer sentada en el brazo del sillón que ocupaba Bishop—. Me encantan las galletas. Y la miel. —La vampiro hablaba con la viscosidad de la melaza, con un acento que no era exactamente sureño pero que se le parecía mucho. El señor Bishop la miró con expresión indulgente, el tipo de mirada que un humano le dirigiría a su mascota favorita. La mujer tenía un brillo glacial en los ojos, y se movía tan sigilosa y fluidamente que no existía la más mínima posibilidad de que se hiciera pasar por humana. Aunque tampoco lo pretendía. No ocultaba su naturaleza, como sí hacían muchos vampiros de Morganville.

La mujer siguió sonriendo, con sus ojos oscuros fijos en Shane. A Claire no le gustaba nada el modo en que le miraba, con avidez.

—Galletas —aceptó el señor Bishop con una extraña sonrisa—. E incluso consentiré que tomes un poco de salsa de carne, querida. —La sonrisa se desvaneció en cuanto giró la cabeza para mirar a los cuatro que permanecían de pie delante de él—. Podéis ir a prepararlo. Adelante.

Shane cogió a Claire de la mano y prácticamente la arrastró a la cocina. Aunque Shane se movió muy rápido, Michael llegó antes que ellos, proyectando a Eve a través del umbral la puerta.

—Oye, ¿no ves que estoy andando? —protestó Eve.

—Y cuanto más rápido lo hagas, mejor —dijo Michael.

Su habitual rostro angelical ahora tenía un aspecto duro, anguloso, y cerró la puerta de la cocina en cuanto todos estuvieron dentro—. Bien. No tenemos muchas opciones. Hagamos exactamente lo que nos dice y esperemos que Amelie pueda resolver todo esto cuando llegue.

—Pensaba que ahora eras el Gran y Malvado Chupasangre —dijo Shane—. Esta es tu casa. ¿Cómo es que no puedes echarlos? —Era una pregunta razonable, y Shane había logrado plantearla sin convertirla en un desafío. Bueno, más o menos. Claire se dio cuenta de que hacía mucho frío en la cocina, como si la temperatura de toda la casa hubiera descendido súbitamente. Empezó a temblar.

—Es complicado —dijo Michael. Abrió varios armarios y empezó a preparar café—. Sí, es nuestra casa —a Claire no le pasó por alto el énfasis en *nuestra*—, pero aunque revoque la invitación a Bishop, os puedo asegurar que eso no evitará que nos patee el culo.

Shane se apoyó en los fogones y se cruzó de brazos.

—Pensaba que eras más fuerte que ellos en tu territorio...

—En teoría, sí. Pero este no es el caso. —Michael añadió café molido al filtro—. No te comportes como un capullo. No tenemos tiempo para eso.

—No era mi intención, colega. —Y Claire se dio cuenta de que en aquella ocasión lo decía sinceramente. Michael también pareció haberse dado cuenta, por lo que le dirigió a Shane una mirada de disculpa—. Aún intento decidir hasta dónde nos llega la mierda, exactamente. No te culpo, tío. —Dudó un segundo antes de continuar—: ¿Cómo puedes saber que no tienes ninguna posibilidad?

—Con los otros vampiros que conozco siempre he sabido el lugar que ocupó. Quién es más fuerte, quién más vulnerable, a quién puedo enfrentarme directa-

mente si no queda más remedio. —Michael vertió agua en la máquina de café y la encendió—. Con estos tíos sé positivamente que no tengo la más mínima oportunidad. Ni siquiera contra uno de ellos, no digamos ya con los tres a la vez, ni siquiera con la ayuda de la casa. Son tipos duros, tío. De los de verdad. Creo que solo Amelie u Oliver pueden solucionarlo.

—Vale —dijo Shane—, entonces la mierda nos llega al cuello, ¿no? Es bueno saberlo.

Eve lo apartó de en medio y empezó a sacar sartenes y cazos de los armarios, armando un escándalo considerable.

—Como parece que no vamos a pelear, será mejor que preparemos el desayuno —dijo—. Claire, ya que te has ofrecido voluntaria para darles de comer, ¿por qué no empiezas con los huevos?

—Mejor eso que ofrecernos voluntarios para que nos coman —señaló Shane, y Eve soltó un bufido.

—Tú —dijo, y apoyó un dedo en el centro de la ajustada camiseta de Shane—. Sí, tú. Prepara la salsa de carne.

—¿Quieres matarnos a todos?

—Cierra el pico. Yo me encargo de las galletas y el beicon. Michael... —Se dio la vuelta y le miró con sus grandes ojos oscuros; el perfilador de ojos casi la convertía en un personaje de *anime*—. Café. Y creo que también tendrías que encargarte de echarles un vistazo. Lo siento.

Michael asintió.

—En cuanto acabe aquí, iré a ver qué están haciendo.

Asignar a Michael las tareas de *barista* y espía tenía sentido, pero aquello dejaba solo a los tres para realizar todo el trabajo, y ninguno de ellos era precisamente un chef en ciernes. Claire se peleó con los huevos revueltos. Eve insultó a la grasa del beicon con un susurro fu-

ribundo, y fuera lo que fuese lo que estaba preparando Shane, no se parecía mucho a la salsa de carne.

—¿Puedo echaros una mano?

Todos dieron un respingo al oír la voz, y Claire miró hacia la puerta de la cocina.

—¡Mamá! —gritó aterrorizada. *Estaba aterrorizada.* Se había olvidado completamente de sus padres; habían llegado con el señor Bishop, y los amigos de este los habían llevado a la salita que había a la entrada de la casa, una habitación que no solían utilizar mucho. En el esquema general de las cosas aterradoras, Bishop estaba tomando rápidamente la delantera.

Pero allí estaba su madre, de pie junto a la puerta de la cocina, observándola con una sonrisa frágil y confusa, extraordinariamente... vulnerable. Cansada.

—¡Señora Danvers! —intervino Eve. Se acercó rápidamente a ella y la acompañó hasta la mesa de la cocina—. No, no, solo estamos... preparando el desayuno. No ha comido, ¿verdad? ¿Y el señor Danvers?

Su madre —visibles en su rostro todos y cada uno de los cuarenta y dos años que se negaba a reconocer— parecía cansada, distraída, ligeramente perdida. Y también preocupada. Claire distinguió pequeñas arrugas alrededor de sus ojos y boca que no recordaba haber visto antes, y aquello la asustó.

—Está... —La señora Danvers frunció el ceño y entonces apoyó la cabeza en la palma de la mano—. Oh, me duele la cabeza. Lo siento. ¿Qué me has preguntado?

—Su marido. ¿Dónde está?

—Iré a buscarle —dijo Michael en voz baja. Salió de la cocina con la gracia y fluidez de un vampiro; pero, al menos, él era *su* vampiro. Eve hizo sentar a la madre de Claire en una de las sillas de la cocina, cruzó una mirada impotente con su amiga y empezó a parlotear nerviosamente sobre lo largo que debía de haber sido el viaje

hasta Morganville, lo felices que debían de sentirse por trasladarse allí, lo contenta que debía de estar Claire de tenerlos tan cerca, etc.

Entumecida, Claire continuó vertiendo huevos en la sartén. *Esto no puede estar sucediendo. No es posible que mis padres estén aquí.* Ahora no. Con Bishop en la ciudad. Aquello era una pesadilla de la que no tardaría en despertar.

—Puedo ayudaros a cocinar —dijo su madre, e hizo un inseguro intento por levantarse. Eve miró a Claire de reojo y, moviendo los labios, le dijo: *¡Di algo!* Claire se tragó parte del pánico que sentía y logró que su voz sonara parcialmente sosegada:

—No hace falta, mamá. Lo tenemos todo bajo control. Mira, estamos preparando más de la cuenta por si tú o papá tenéis hambre. Siéntate y descansa.

Su madre, quien habitualmente disfrutaba controlando todo lo que ocurría en la cocina, incluso algo tan inofensivo como hervir agua, pareció aliviada.

—Como quieras, cielo. Si puedo hacer algo, dímelo.

Michael abrió la puerta de la cocina e hizo pasar al padre de Claire. Si su madre parecía cansada, su padre tenía el rostro... inexpresivo. Desconcertado. Miró a Michael con el ceño fruncido, como si intentara descubrir qué estaba ocurriendo pero fuera incapaz de precisarlo.

—¿Qué ocurre aquí? —le gritó a Michael—. Esa gente de ahí fuera...

—Familiares —dijo Michael—. Han venido a verme desde Europa. Mire, lo siento mucho. Sé que quieren pasar más tiempo con su hija, pero si se marchan a casa, tal vez...

Michael dejó la frase en el aire y se dio la vuelta. Alguien le había seguido y ahora estaba junto a la puerta.

—Nadie irá a ninguna parte —dijo el otro vampiro de Bishop, el hombre, con una sonrisa en los labios—. So-

mos una gran familia feliz, ¿eh, Michael? Te llamas Michael, ¿verdad?

—¿Qué pasa, ahora nos llamamos por el nombre de pila? —Michael empujó al padre de Claire al interior de la cocina y cerró la puerta en las narices del vampiro.

—De acuerdo. Vamos a sacarlos de aquí —les dijo a los padres de Claire antes de abrir la puerta trasera, la que daba al patio—. ¿Dónde habéis dejado el coche? ¿En la calle?

En el exterior, la oscuridad era absoluta, ni siquiera mancillada por la luz de la luna. El padre de Claire volvió a fruncir el ceño y, a continuación, se sentó a la mesa de la cocina junto a su mujer.

—Cierra la puerta, hijo —dijo—. No vamos a ninguna parte.

—Señor...

Claire también lo intentó.

—Papá...

—No, cariño. Aquí está ocurriendo algo extraño y no pienso irme. No hasta que esté seguro de que estáis todos bien. —Su padre volvió a mirar a Michael con recelo—. Dime, ¿quiénes son exactamente esos... familiares?

—De esos que no les caen bien a nadie —dijo Michael—. Los hay en todas las familias. Pero no se quedarán mucho tiempo. Pronto se marcharán.

—Entonces esperaremos a que se vayan —dijo el señor Danvers.

Claire intentó concentrarse en los huevos.

Le temblaban las manos.

—Tranquila —le susurró Shane acercándose más a ella—. No pasa nada. Todo irá bien. —Sintió la sólida y cálida presencia de Shane a su lado. Estaba revolviendo algo que *definitivamente* no podía ser salsa de carne. Lo sabía sobre todo porque la única destreza culinaria de

Shane era el chile. Bueno, al menos lo estaba intentando, lo que representaba una novedad interesante, y probablemente indicaba hasta qué punto se tomaba aquello en serio.

—Lo sé —dijo Claire, tragando saliva. Sintió el brazo de Shane presionando el suyo en un acto deliberado, y supo que, de no tener las manos ocupadas, le hubiera rodeado los hombros con él—. Michael no permitirá que nos hagan daño.

—¿No has oído lo que ha dicho? —susurró Eve con ferocidad, uniéndose a ellos en los fogones. Miró el beicon chisporroteante con el ceño fruncido—. No puede detenerlos. Lo único que conseguiría es acabar gravemente herido. Así que lo mejor es que vuelvas a llamar a Amelie y le digas que mueva su culo todopoderoso hasta aquí *ahora* mismo.

—Sí, una idea genial. Cabrear al único vampiro que puede ayudarnos. Mira, creo que si quisieran matarnos, primero no pedirían huevos —dijo Shane—. Por no mencionar las galletas. Si pides galletas, es evidente que te consideras una especie de invitado.

No le faltaba razón. Aunque no consiguió que a Claire dejaran de temblarle las manos.

—Claire, cielo —dijo de nuevo su madre. Claire dio un respingo y a punto estuvo de volcar la espátula en los fogones—. ¿Qué está haciendo aquí realmente esa gente?

—El señor Bishop... eh... está esperando que pase a recogerlo su hija. —No le había mentado del todo.

La cafetera terminó de llenarse. El señor Danvers se levantó y sirvió dos tazas llenas hasta arriba, que llevó hasta la mesa.

—Bebe un poco de café, Kathy. Pareces cansada —dijo con un tono afable que hizo que Claire girara la cabeza para mirarle con recelo. Su padre no era una persona

precisamente emotiva, pero ahora parecía preocupado, casi tanto como mamá.

Su padre vació la taza como si fuera agua después de haber pasado una tarde calurosa cortando el césped. Su madre añadió leche y azúcar al café con actitud apática antes de dar un sorbito. Ninguno de los dos volvió a hablar.

Michael salió sigilosamente de la cocina con tres tazas de café para los *invitados*. Cuando regresó, cerró la puerta y se apoyó en ella durante un minuto. Estaba pálido, consumido, y Claire se dio cuenta de que no había tenido tan mal aspecto desde el día en que Amelie le transformó en vampiro. Intentó imaginar qué le habrían dicho para que tuviera aquel aspecto, pero ni siquiera se atrevió a especular. Algo malo. No, algo *terrible*.

—Michael —dijo Eve con voz tensa, y señaló con la cabeza a los padres de Claire—. ¿Más café?

Michael asintió, se apartó de la puerta e hizo ademán de coger la cafetera, pero ni siquiera llegó a la mesa de la cocina. La puerta se abrió de nuevo y el señor Bishop y su séquito entraron en la cocina.

Altos y altaneros como la realeza del siglo diecinueve, los tres vampiros recorrieron la cocina con la vista. Sus dos acompañantes eran guapos y jóvenes, pero el señor Bishop era el que estaba al mando; de eso no había duda. Cuando posó la mirada en Claire, esta se estremeció y volvió a concentrarse en los crepitantes huevos.

La mujer avanzó tranquilamente e introdujo un dedo en la salsa de carne que estaba preparando Shane. Se llevó el dedo a la boca y volvió a sacarlo completamente limpio. Durante el proceso, la vampiro no apartó la vista de Shane. Y Claire, impotente y dolida, comprobó que este le devolvía la mirada.

—Ahora nos sentaremos a comer —le dijo Bishop a

Michael—. Tú tendrás el honor de servirnos, Michael. Si alguno de tus amigos intenta envenenarme, te arrancaré las entrañas. Y créeme, puedo hacer sufrir a otro vampiro durante mucho, mucho tiempo.

Michael tragó saliva y asintió una sola vez. Claire miró de reojo a sus padres; era imposible que no hubieran oído *eso*.

Y no lo habían hecho.

—¿Disculpe? —dijo el padre de Claire, y empezó a levantarse de la silla—. ¿Está amenazando a estos chicos?

Bishop dirigió su fría mirada hacia sus padres, y Claire se preguntó desesperadamente si una espátula caliente llena de huevo resultaría un arma efectiva contra un vampiro. Su padre se quedó paralizado en mitad del movimiento.

Claire sintió una oleada de algo desconocido recorriendo la estancia, y sus padres miraron al vampiro con perplejidad y confusión. Su padre se dejó caer pesadamente en su silla.

—Se acabaron las preguntas —dijo Bishop—. Me he cansado de tanta cháchara.

Claire sintió un violento acceso de ira. Tenía ganas de arrojarle sobre aquel viejo malvado y arrancarle los ojos. Lo único que la contuvo en aquellos dos segundos eternos fue la absoluta certeza que, de hacerlo, todos morirían.

Incluso Michael.

—¿Café? —Eve rompió el silencio con voz crispada, desesperada. Cogió la cafetera de manos de Michael y se abalanzó sobre las tazas del señor y la señora Danvers como un oscuro ángel vengador de la cafeína. Claire se preguntó qué pensarían sus padres de ella, con su maquillaje blanco, su pintalabios negro, su perfilador de ojos tipo mapache y su pelo teñido de negro y en punta.

Pese a todo, tenía café, y estaba sonriendo.

—Claro —dijo la madre de Claire, e intentó devolverle la sonrisa—. Gracias, querida. Entonces... ¿ese hombre es un familiar tuyo? —Claire miró brevemente a Bishop, quien salía en aquel momento de la cocina para dirigirse a la mesa del salón. El joven y atractivo vampiro cruzó una mirada con ella y le guiñó un ojo; Claire apartó rápidamente la mirada y volvió a posarla en Eve y sus padres.

—No —dijo Eve con una alegría impostada—. Es un familiar lejano de Michael. De Europa, ya sabe. ¿Leche?

—Los huevos están listos —dijo Claire apagando el fuego—. Eve...

—No sé si tenemos suficientes platos —la interrumpió Eve. Parecía más que agitada—. Dios, nunca pensé que diría esto, pero ¿dónde están los de porcelana? ¿Hay platos de porcelana en la casa?

—¿Te refieres a los que no están mellados? Sí. Están allí. —Shane señaló un armario muy por encima de la cabeza de Eve. Esta le miró fijamente—. No me mires a mí... Yo no pienso cogerlos. Aún estoy herido, ¿te acuerdas? —Tenía razón. En el torbellino de los acontecimientos, Claire también había olvidado aquello. Aunque cada vez parecía encontrarse mejor, no hacía tanto que había salido del hospital. Muy poco tiempo para recuperarse de la cuchillada que había estado a punto de costarle la vida.

Aquella era otra poderosa razón para no meterse en problemas a menos que fuera estrictamente necesario; sin Shane, sus posibilidades disminuían considerablemente.

Eve se subió a la encimera, cogió los platos y se los pasó a Claire. A continuación, Claire regresó junto a Shane, quien seguía removiendo la masa grumosa que debía ser salsa de carne pero que, por su aspecto, parecía más bien vómito de alienígena.

—Esa chica —le dijo a Shane.
—¿Qué chica?
—Ya sabes. La de ahí fuera.
—¿La chupasangre? Sí, ¿qué pasa con ella?
—No te quitaba ojo de encima.
—¿Qué quieres que te diga? Soy irresistible.
—Shane, hablo en serio. Es solo que... deberías tener cuidado.

—Siempre lo tengo. —Lo que no era ni remotamente cierto. Shane la miró fijamente, y Claire sintió una oleada cálida que nació en sus entrañas y brotó en sus mejillas. Shane sonrió lentamente—. ¿Estás celosa?

—Puede.

—No tienes motivos. Me gustan las chicas con pulso. —Le cogió una mano y la presionó suavemente con sus dedos—. Sí, aún tienes. De hecho, te late bastante rápido.

—Hablo en serio, Shane.

—Y yo también. —Se acercó más a ella, tanto que pudo sentir su aliento en la mejilla—. Ningún vampiro se interpondrá entre nosotros. ¿De acuerdo?

Claire asintió en silencio. No habría podido decir nada ni aunque hubiese querido. Los ojos de Shane eran oscuros, de un intenso marrón aterciopelado, con sutiles reflejos dorados. Aunque últimamente le había mirado mucho a los ojos, nunca había reparado en lo *hermosos* que eran.

Shane dio un paso atrás cuando la puerta volvió a abrirse. Michael primero les miró a ellos, ofreciéndoles una disculpa silenciosa, y después se dirigió a los padres de Claire.

—Señor y señora Danvers, el señor Bishop desea que se unan a ellos —dijo—. Pero si tienen que marcharse a su casa...

Si Michael esperaba que sus padres cambiaran de

opinión, Claire podría haberle devuelto a la realidad. Mientras su padre siguiera convencido de que allí ocurría algo extraño, no aceptaría tomar la decisión más sensata. Como era de esperar, su padre se puso de pie con la taza de café en la mano.

—Creo que me sentará bien comer algo. Nunca he probado los huevos de Claire. Kathy, ¿vienes?

No se enteran de nada, pensó Claire, desesperada. Aunque ella tampoco lo había hecho mucho mejor los primeros días en Morganville. Había ignorado peligrosamente los indicios más evidentes, incluso las instrucciones directas. Puede que lo hubiera heredado de sus padres, junto con el color de piel y el cabello ligeramente ondulado. En su defensa había que decir que el señor Bishop estaba manipulando sus mentes.

Y tenían miedo por lo que pudiera sucederle a *ella*.

Observó a sus padres mientras estos seguían a Michael hasta el salón, y después ayudó a Eve a servir los huevos, el beicon y las galletas en los platos de porcelana. La salsa de carne era un caso perdido. La vertieron en una salsera y rezaron para que diera el pego. Cuando terminaron, llevaron el desayuno en silencio al comedor, el cual, en realidad, no era más que una pequeña parte de la sala de estar.

Claire volvió a sorprenderse, como le ocurría en los momentos más inoportunos, por el modo en que la casa era capaz de variar su estado de ánimo. No solo el de la gente que vivía en ella, sino también el del propio edificio. Ahora mismo, transmitía una sensación oscura, fría, premonitoria. Casi hostil. Y toda aquella oscura emotividad parecía dirigida hacia los vampiros intrusos.

La casa parecía inquieta, en guardia. Los sólidos muebles victorianos parecían agazapados, encorvados y deformes, sin el menor rastro de calidez ni comodidad. Incluso las luces parecían más tenues, y Claire sin-

tió algo, una especie de *presencia*, una sensación muy parecida a la que había tenido a veces cuando Michael era un fantasma atrapado en la casa. Se le erizó el fino vello de los brazos y se le puso la piel de gallina.

Dejó los huevos y el beicon sobre la mesa y dio un paso atrás. Aunque quedaba sitio en la mesa, nadie les había pedido que se sentaran; miró de reojo a Eve y se refugió en la cocina, agradecida de poder huir de allí. Michael se quedó junto a la mesa, sirviendo el desayuno. Su rostro tenía una tirantez cadavérica y sus ojos transmitían un miedo gélido. Dios, si Michael se dejaba arrastrar por el pánico, definitivamente había motivos para que los demás empezaran a sentirse aterrorizados.

En cuanto la puerta de la cocina volvió a cerrarse, Shane arrastró a Claire y a Eve hasta el rincón más alejado de esta.

—Vale —dijo en susurros—. Ahora ya es oficial: la situación es más que espeluznante. ¿Habéis sentido lo mismo que yo?

—Sí —murmuró Eve—. Guau. Creo que si la casa tuviera dientes, ahora mismo estaría masticándolos. Tenéis que admitir que molaría.

—Eso no sirve de mucho ahora. ¿Claire?

—¿Qué? —Le miró sin comprender unos segundos, y entonces añadió—: Ah. Claro. Sí. Volveré a llamar a Amelie. —Sacó el móvil del bolsillo. Era nuevo, y tenía memorizados algunos números importantes. Uno de ellos, el primero en las teclas de marcación rápida, de hecho, era el número de contacto de Amelie, la Fundadora de Morganville.

La vampiro al mando. En ciertos aspectos, la jefa de Claire. En Morganville, el término adecuado era *Protector*, aunque Claire hacía tiempo que sabía que aquello no era más que la forma políticamente correcta de *amo*.

Volvió a soltar el buzón de voz. Claire dejó otro apresurado y angustiado mensaje: «*ven a casa, por favor, necesitamos tu ayuda*», y colgó. Miró a Eve sin saber qué decir, y esta le arrebató el móvil de la mano y marcó otro número.

—Hola, ¿qué tal? —dijo cuando contestaron—. Pásame con el jefe. —Una larga pausa. Eve parecía estar preparándose para hacer algo que no le gustaba—. Oliver, soy Eve. No te molestes en decirme que te alegras de oírme porque sé que no es cierto. La llamada es estrictamente profesional, así que ahórrate los cumplidos. No cuelgues.

Eve volvió a pasarle el móvil a Claire. Con el ceño fruncido, esta le preguntó solo con los labios: «¿*Estás segura?*». Eve le hizo un gesto enfático con una mano para que se llevara el teléfono a la oreja.

Claire la obedeció a regañadientes.

—¿Oliver? —dijo. Al otro lado de la línea oyó un chasquido grave y cansino.

—Vaya —dijo Oliver. El propietario de Territorio Neutral, la cafetería del barrio, tenía una voz cálida, el tipo de voz que le había hecho creer que era el típico tipo agradable la primera vez que habló con él—. La pequeña Claire. Eve no quería oírlo, pero te lo diré a ti. Me alegro que recurráis a mí en un momento de necesidad. Supongo que es un momento de necesidad, ¿no? Y no una invitación para socializar.

—Hay alguien aquí —dijo Claire tan bajo como pudo—. En la casa.

La voz de Oliver perdió toda su calidez, dejando solamente una afilada irritación.

—Si tenéis algún merodeador, llamad a la policía. No soy vuestra seguridad privada. Es la casa de Michael. Él puede...

—Michael no puede hacer nada, y no creo que sea

buena idea llamar a la policía. Este hombre, dice que se llama Bishop. Quiere hablar con Amelie, pero no puedo contactar por...

Oliver la interrumpió:

—No te acerques a él —dijo con voz afilada—. No hagas nada. No digas *nada*. Diselo a tus amigos, sobre todo a Michael. ¿Me has entendido? Esto os supera de largo. Yo encontraré a Amelie. Haced lo que os diga, *sea lo que sea*, y esperad a que lleguemos.

Y Oliver colgó el teléfono. Atónita, Claire se quedó mirando el móvil, se encogió de hombros y miró a sus amigos.

—Dice que sigamos como hasta ahora —les dijo—. Que cumplamos sus órdenes y esperemos refuerzos.

—Un consejo fantástico —dijo Shane—. Recuérdame que esconda un kit matavampiros debajo del fregadero para situaciones como esta.

—Todo saldrá bien —dijo Eve—. Claire tiene el brazalete. —Eve rodeó la muñeca de Claire y la alzó para mostrar el delicado destello del brazalete de identificación alrededor de esta; un brazalete que tenía grabado el símbolo de Amelie en lugar de un nombre. Aquel objeto servía para identificarla como su propiedad, alguien que había vendido el cuerpo y el alma a un vampiro a cambio de cierta protección y consideración. Aunque, en su momento, Claire no había querido hacerlo, le había parecido el modo más lógico de garantizar la seguridad de sus amigos. Sobre todo la de Shane, quien no era precisamente el mejor amigo de los vampiros.

Aunque había sido consciente de que el brazalete traía consigo una carga considerable de peligro, al menos obligaba a Amelie (y, tal vez, también a Oliver) a acudir en su defensa contra otros vampiros.

En teoría.

Claire volvió a guardar el móvil en el bolsillo. Shane

le cogió la mano entre las suyas y le masajeó los nudillos, un movimiento suave y reconfortante que le hizo sentirse momentáneamente a salvo.

—Saldremos de esta —le aseguró Shane. Cuando intentó besarla, no obstante, hizo una mueca. Claire le puso, con cuidado, una mano sobre el estómago.

—Te duele —dijo.

—Solo cuando me inclino. Por cierto, ¿desde cuándo eres tan bajita?

—Desde hace cinco minutos. —Siguiéndole el juego, Claire puso los ojos en blanco, pero no pudo olvidar que tenían problemas. Según las leyes de Morganville, los vampiros no podían tocar a Shane mientras siguiera estando convaleciente; el brazalete del hospital que aún llevaba alrededor de la muñeca, de plástico blanco y con una gran cruz roja estampada en él, garantizaba que cualquier chupasangre que se cruzara con él le reconocería como una presa no accesible.

Siempre y cuando los invitados jugaran según las reglas. Y todo parecía indicar que el señor Bishop no lo hacía. No era un vampiro de Morganville. Era algo más.

Algo peor.

—Shane, en serio, ¿te duele mucho? —le preguntó en un susurro, solo para sus oídos. Shane le revolvió el cabello y después la besó.

—Estoy bien —dijo—. Hace falta algo más que un *punk* con un bate de béisbol para dejar fuera de combate a un Collins. Te lo aseguro.

El problema era que ahora mismo debían enfrentarse a algo mucho peor que eso, y ambos lo sabían.

—No hagas ninguna estupidez —le dijo ella—, si no quieres que te mate con mis propias manos.

—Auuu. ¿Qué se ha hecho del amor incondicional?

—Estoy harta de visitarte en el hospital. —Le sostuvo la mirada unos segundos—. Si estás pensando en hacer

algo, sea lo que sea, olvídate. Es mejor que esperemos, ¿de acuerdo?

—Sí, es lo que dicen todos los *vampiros*. Será mejor que les hagamos caso. —Claire odiaba cuando se refería a ellos con aquel rencor; cuando lo hacía, Claire siempre se acordaba de Michael, de lo mucho que había sufrido cuando la ira de Shane se había desbordado. Michael no había *querido* transformarse en vampiro, y hacía todo lo posible para sobrellevarlo de la mejor manera posible.

Shane no le ponía las cosas precisamente fáciles.

—Mira. —Shane le cogió la cara con ambas manos y la miró fijamente a los ojos—. ¿Por qué no coges a Eve y os largáis de aquí? A vosotras no os están vigilando. Os cubriré.

—No. No pienso abandonar a mis padres, ni a ti.

Y no tuvieron tiempo de añadir nada más porque desde el salón les llegó un sonoro estrépito. La puerta de la cocina se abrió de golpe y Michael trastabilló de espaldas. El joven y atractivo vampiro que había llegado con Bishop le sujetaba por el cuello y le empotró contra la pared. Aunque Michael se resistía, no parecía poder hacer mucho para liberarse de él.

El otro vampiro abrió la boca con un gruñido y unos afilados colmillos centellearon como la hoja de una navaja.

Michael hizo lo mismo, y Claire se pegó aún más a Shane.

—¡Eh! —gritó este—. ¡Suéltalo!

Michael consiguió resollar:

—¡No! —pero, evidentemente, Shane no le hizo el menor caso. La mano de Claire alrededor de su brazo tampoco le detendría.

Lo que sí le detuvo fue la imagen de Eve con un gran cuchillo de cocina en la mano. Miró a Shane con aire

amenazador, y después dio media vuelta y apuntó con el cuchillo al vampiro que sujetaba a Michael.

—¡Tú! ¡Suéltale!

—No hasta que se disculpe —dijo el vampiro, y enfatizó sus palabras empotrando de nuevo a Michael contra la pared, con la suficiente fuerza como para que todos los objetos de cristal de la cocina tintinearán. No, no había sido producto del impacto, sino de una vibración de baja intensidad que parecía surgir de la misma estancia. De las paredes, del suelo... de la casa. Como un gruñido de advertencia.

—Será mejor que le sueltes —dijo Claire—. ¿No lo notas?

El vampiro la miró con el ceño fruncido y entornó sus ojos verdes al tiempo que se le dilataban las pupilas.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada —dijo Eve, y le señaló con el cuchillo—. Lo estás haciendo tú. Cuando se meten con Michael, la casa reacciona. Aléjate de él antes de que ocurra algo desagradable.

El vampiro pensó que no era más que un farol; Claire lo vio en sus ojos. Pero tampoco vio razón para forzar su suerte. Soltó a Michael con una sonrisa de desdén en el rostro.

—Baja eso, estúpida —le dijo a Eve, y antes de que ninguno de ellos pudiera parpadear, le soltó un manotazo tan fuerte que envió el cuchillo a la otra punta de la cocina, donde se clavó en la pared. Eve se agarró la mano y se la pegó al cuerpo mientras se alejaba de él.

—Pídemle perdón —le dijo el vampiro—. Implórame-lo, por haberme amenazado.

—¡Que te jodan! —soltó Eve.

Los ojos del vampiro brillaron como cristal incandescente antes de abalanzarse sobre ella. Michael se movió más rápido de lo que Claire le había visto mover-

se nunca; solo distinguió un confuso borrón, y lo siguiente que vio fue al vampiro precipitándose contra los fogones. El intruso extendió las manos para protegerse, y Claire oyó el chisporroteo cuando las palmas entraron en contacto con el fuego, seguido de un furibundo grito de dolor.

Aquello iba a ponerse muy feo, y no había *nada* en absoluto que ellos pudieran hacer para evitarlo.

Shane agarró a Eve por el hombro y a Claire del brazo y las arrastró hasta el rincón que había detrás de la mesa de la cocina, donde al menos disponían de una cobertura parcial. Pero aquello dejaba solo a Michael y su peso medio luchando contra algo más parecido a un gato salvaje que a un hombre.

No pasó mucho tiempo, puede que solo unos segundos, antes de que a Michael le fallaran las fuerzas. El extraño lo tiró al suelo y se sentó sobre él, con los colmillos preparados y relucientes. La temperatura en la cocina descendió abruptamente, y el frío hizo que el aliento de Claire se condensara con cada jadeo aterrorizado. Volvió a sentir el zumbido de baja frecuencia, que hizo tintinear platos, vasos y sartenes.

Eve soltó un grito y pugnó por librarse del abrazo de Shane, aunque tampoco habría podido hacer nada, nada en absoluto...

La puerta trasera se sacudió violentamente y se abrió de golpe con un único y poderoso empujón. Astillas de madera volaron por la cocina, y Claire oyó partirse las cerraduras como si fueran de hielo.

Oliver, el segundo vampiro más peligroso de la ciudad (a veces, incluso el primero), apareció en el umbral que daba al patio trasero, registrando la situación con la mirada. Era un hombre alto, de constitución atlética, enjuto y nervudo. Hoy había prescindido de su habitual disfraz de tipo agradable e iba vestido com-

pletamente de negro, con el pelo recogido en una cola de caballo. A la luz de la luna, su rostro parecía de piedra tallada.

Proyectó una mano abierta más allá del umbral de la puerta y la palma topó con una barrera sólida.

—¡Estúpidos! —gritó—. ¡Dejadme entrar!

El intruso soltó una risotada, tiró de Michael hasta dejarlo sentado en el suelo y acercó los colmillos a su cuello.

—Hazlo y le dejo seco —dijo—. Sabes qué ocurrirá. Es muy joven.

Claire no lo sabía, pero no podía ser nada bueno. Puede que incluso mortal.

—Invítadme a entrar —repitió Oliver con una voz sepulcral—. Claire, ahora.

Claire abrió la boca, pero alguien la interrumpió.

—No será necesario —dijo una fría voz femenina. Por fin había llegado la caballería.

Amelie apartó a Oliver y atravesó la barrera invisible como si esta no existiera; en realidad, para ella no existía, ya que, técnicamente, Amelie era la constructora y propietaria de la casa. Había venido sin sus habituales guardaespaldas y sirvientes, pero por el modo en que cruzó el umbral de la puerta, no cabía la menor duda de que era ella, y no Oliver, quien estaba al mando de las operaciones.

Como siempre, Claire tuvo la sensación de estar en presencia de una reina. Amelie iba vestida con un traje amarillo de seda de corte perfecto, y su pálido cabello recogido en un reluciente moño en la parte superior de la cabeza, asegurado con broches de oro y diamantes. No era especialmente alta, pero el aura que transmitía era tan poderosa como una bomba a punto de estallar. Sus ojos eran fríos y los tenía muy abiertos, fijos en el vampiro intruso que amenazaba a Michael.

—Déjale en paz —dijo. Claire nunca le había oído utilizar aquel tono, jamás, y pese a no ir dirigido a ella, no pudo evitar sentir un estremecimiento—. No suelo matar a los de nuestra especie, pero si me pones a prueba, François, te destruiré. Solo te lo diré una vez.

El otro vampiro dudó un instante, pero finalmente soltó a Michael, quien se desplomó en el suelo cuan largo era. François se puso de pie con un solo movimiento grácil, sin dejar de mirar a Amelie en ningún momento.

Y entonces hizo una reverencia. Claire no había visto a muchos hombres hacer una reverencia, pero aquella no le parecía especialmente respetuosa.

—Señora Amelie —dijo, al tiempo que hacía retroceder discretamente sus colmillos—. La estábamos esperando.

—Y divirtiéndooos a mi costa mientras tanto —repuso ella. Claire aún no la había visto parpadear—. Acompañame. Deseo hablar con el Maestro Bishop.

François hizo una mueca.

—Estoy seguro de que él también lo desea —dijo—. Por aquí.

Amelie pasó por su lado.

—Conozco mi propia casa, François. No me hace falta un maestro de ceremonias. —Miró brevemente por encima del hombro hacia la puerta trasera, donde Oliver seguía en silencio—. Entra, Oliver. Después eliminaré las Protecciones contra ti, por el bien de nuestros jóvenes amigos.

Oliver enarcó las cejas y cruzó el umbral. Michael empezaba a incorporarse. Oliver le ofreció una mano, pero Michael no la aceptó. Cruzaron una mirada que hizo estremecerse a Claire.

Oliver se encogió de hombros, pasó por encima de él y siguió a Amelie y François al salón.

Cuando se cerró la puerta de la cocina, Claire dejó es-

capar un largo suspiro de alivio y oyó a Eve y Shane hacer lo mismo. Michael se puso en pie lenta, dolorosamente, y se apoyó en la pared mientras sacudía la cabeza.

Shane le apoyó una mano en el hombro.

—¿Estás bien, tío? —Michael le respondió haciendo un gesto con el dedo gordo. Parecía demasiado debilitado para hacer nada más, y Shane le dio una palmada en la espalda y, a continuación, agarró a Claire por el cuello de la camiseta cuando esta se dirigía hacia la puerta de la cocina—. Eh, eh, *Flash*, ¿adónde crees que vas?

—¡Mis padres están ahí fuera!

—Amelie no permitirá que les ocurra nada —dijo Shane—. Recobra el aliento. Esta no es nuestra lucha, y tú lo sabes.

¿Ahora *Shane* era el defensor del sentido común? Guau. Aquel era el día de los contrastes.

—Pero...

—Tus padres están bien, pero no quiero que entres ahí como una exhalación. ¿Me entiendes?

Claire asintió compulsivamente.

—Pero...

—Michael, échame una mano. Díselo tú.

Aunque Michael estaba ocupado con el equivalente vampírico a recuperar el aliento, asintió con la mirada perdida y confusa.

—Sí —dijo débilmente—. Estarán bien. Por eso me atacó François, por interponerme entre él y tu madre.

—¿François iba a por mi madre? —Claire se lanzó hacia la puerta de la cocina, y esta vez Shane la sujetó precariamente.

—Tío, no me refería a ese tipo de ayuda —le dijo Shane a Michael, envolviendo a Claire con ambos brazos para que no escapara—. Tranquila. Tranquila. Amelie está con ellos, y sabes que no permitirá que la situación se descontrole...

Claire se calmó. Y, al pensarlo mejor, intentó desembarazarse de Shane con más fuerza, pues Amelie era perfectamente capaz de considerar a sus padres prescindibles si aquello servía a sus intereses. De hecho, a ella también la consideraba prescindible. Pero Shane persistió en su abrazo hasta que Claire le propinó un codazo en el estómago; entonces, se tambaleó y la soltó. Claire no comprendió lo que había hecho... hasta que vio una delgada línea roja en su camiseta y Shane se dejó caer pesadamente en la primera silla que encontró.

Le había golpeado en la herida.

—¡Joder! —siseó Eve, y le subió la camiseta hasta el cuello, descubriéndole el pecho y el estómago, aún magullado, y los blancos vendajes, que empezaban a empaparse rápidamente con sangre fresca. Claire incluso pudo olerla...

...y como si estuviera en un sueño, o en una pesadilla, se dio la vuelta para mirar a Michael.

Su mirada ya no parecía desenfocada y confusa. No, sus ojos observaban a Shane con una intensidad aterradora. El rostro blanco e imperturbable; el pecho completamente inmóvil.

—Detén la hemorragia —le susurró—. Rápido.

Michael tenía razón. Ahora mismo, Shane era un cebo en una piscina llena de tiburones, y Michael era uno de los tiburones.

Shane sostuvo su mirada mientras Eve manipulaba los vendajes para asegurarse de que siguieran bien apretados.

—Creo que está bien, pero tendrás que ir con cuidado —dijo—. Tienes que cambiarte los vendajes, puede que se te haya soltado algún punto.

Pasó un brazo sobre su hombro y le ayudó a ponerse de pie. Shane seguía mirando a Michael, y este no pare-

cía físicamente capaz de apartar la mirada del ensangrentado vendaje que rodeaba el vientre de Shane.

—¿Quieres un poco? —le preguntó este—. Ven a por ella, chico murciélago. —Estaba casi tan pálido como Michael, y tenía el semblante tenso y furioso.

Michael consiguió esbozar una sonrisa.

—No eres mi tipo de sangre, hermano.

—Rechazado de nuevo. —Pero parte de la furia en su mirada había desaparecido—. Lo siento.

—Tranquilo. —Michael echó un rápido vistazo a la puerta cerrada de la cocina—. Están hablando. Mirad, saldré ahí fuera y traeré a tus padres, Claire. Quiero que estéis juntos todos los que aún...

—¿Respiran? —preguntó Shane.

—Están en peligro —dijo Michael—. Vuelvo en un segundo. —Dudó un breve instante, y añadió—: A ver si podéis adecentarlo mientras tanto.

Y salió de la cocina a una velocidad sobrehumana, como si fuera un alivio alejarse del olor que emanaba la herida de Shane. Claire tragó saliva y cruzó una mirada con Eve, quien parecía tan conmocionada como se sentía ella. Sin embargo, no dejó que el desánimo la doblegara y se afanó en la más urgente de sus prioridades.

—De acuerdo. ¿Dónde está el botiquín?

—En el piso de arriba —dijo Claire—. En el cuarto de baño.

—No, está aquí —dijo Shane—. Yo mismo lo bajé.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Hace un par de días —dijo—. Pensé que sería mejor tenerlo a mano, ya que normalmente soy yo quien lo necesita. Mira debajo del fregadero.

Eve se agachó y extrajo una gran caja metálica con una cruz roja estampada en la tapa. La abrió y sacó todo lo necesario.

—Quítate la camiseta.

—Solo te interesan mis abdominales.

—Cierra el pico, capullo. Quítatela.

Después de mirar a Claire, Shane se quitó la camiseta y la dejó sobre la mesa de la cocina. Claire la llevó hasta el fregadero, donde la empapó con agua fría; la sangre tiñó el agua de un tono rosa pálido. No le apetecía presenciar lo que estaba haciendo Eve; ver las heridas de Shane siempre le provocaba una sensación enfermiza, de fragilidad, porque se las había hecho para defender a otros. En concreto, para defenderlas a ellas.

—Ya está —anunció Eve unos minutos más tarde—. Será *mejor* que no vuelvas a sangrar sobre mis hermosos vendajes si no quieres que te ponga una etiqueta con el precio y te deje en un rincón para el siguiente chupasangre.

—Eres todo un encanto —dijo Shane—. Gracias.

Eve le envió un beso y le guiñó un ojo.

—Shane, la mayoría de las chicas harían cola para jugar contigo a los médicos.

Claire sintió un acceso de celos desagradable y completamente inesperado. ¿Eve? No, solo era su típico sentido del humor. Nada más. Ella no podía... no lo haría. Era imposible.

Claire estrujó la camiseta hasta que le dolieron los dedos, y después la presionó entre dos trapos para intentar dejarla lo más seca posible. Se la devolvió a Shane mientras Eve volvía a guardar en el botiquín todo lo que no había utilizado, y le ayudó a pasar la prenda húmeda por la cabeza y a deslizarla por el pecho. No pudo evitar rozar con los dedos su piel, aunque, para ser sincera, tampoco se esforzó mucho. De hecho, lo hizo mucho más lento de lo que debería.

—Me gusta —le dijo Shane al oído—. ¿Estás bien?

Claire asintió. Le levantó la barbilla suavemente con una mano y estudió su rostro detenidamente.

—Sí—dijo—. Estás bien. —Le rozó los labios con los suyos y desvió la mirada hacia la puerta de la cocina cuando esta volvió a abrirse.

Era Michael, con los padres de Claire pisándole los talones. El nudo en su pecho, el mismo que le comprimía el corazón, se aflojó ligeramente.

Sus padres parecían... no enterarse de nada. Aun así, tenían el ceño fruncido, como si hubiesen olvidado algo importante. Cuando su madre posó en ella sus ojos, Claire esbozó una tímida sonrisa.

—¿No íbamos a comer juntos?—preguntó su madre—. Se está haciendo tarde, ¿verdad? ¿Cocinarás tú o...?

—No—dijo Michael—. Vamos a dar una vuelta. —Cogió las llaves colgadas del gancho que había junto a la puerta y añadió—: Todos.